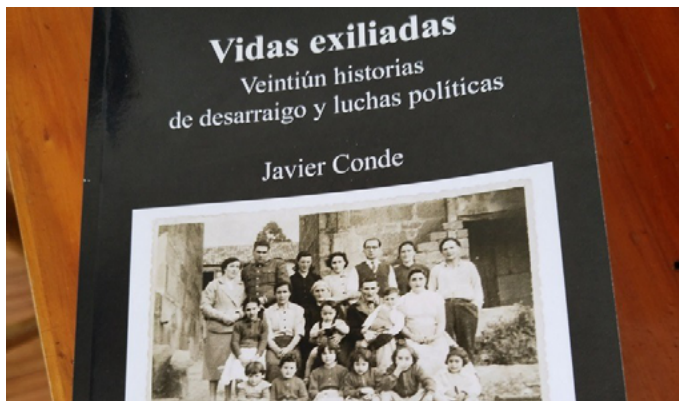




LA MESA NAVIDEÑA VENEZOLANA

Tulio Hernández



Libro de Javier Conde

“VAMOS GANANDO CON VIDAS EXILIADAS”

Toña Bethencourt



Petróleo venezolano

¿SANCIONES O HARAKIRI?

Rafael Gallegos



Cedrizuela Fest 2024

CELEBRANDO EL EMPRENDIMIENTO VENEZOLANO EN BOGOTÁ



Ávila/Monserrate
COMPROMISO DEMOCRÁTICO

DIÁLOGOS CON COMPROMISO
PODCAST #11

DERECHOS HUMANOS PARA LA POBLACIÓN MIGRANTE VENEZOLANA

KONRAD ADENAUER STIFTUNG

LA MESA NAVIDEÑA VENEZOLANA

Tulio Hernández



Desde hace muchos años, cada vez que se acerca diciembre, escribo o reescribo un mismo texto para recordar que Venezuela es uno de los pocos países, al menos de América Latina, donde todos sus habitantes, en todo su territorio —y ahora en el extranjero, a donde se ha marchado huyendo del socialismo del siglo XXI un tercio de su población— se reúnen a compartir casi que a la misma hora, un mismo menú, para celebrar la Navidad y la llegada del Año Nuevo. Algo parecido a lo que ocurre con el pavo en el *Thanksgiving* estadounidense.

Es un esquema básico, con pequeñas variantes regionales o añadidos de inmigrantes europeos, árabes y suramericanos, conformado por la hallaca, el perrito de cochino horneado, el pan de jamón, la ensalada de gallina y el dulce de lechosa. Una fruta que acá en Colombia, desde donde escribo, se llama papaya.

Se trata de una especie de comida ritual que se fue armando como celebración colectiva a medida que la nación venezolana iba unificándose en el tránsito del siglo XIX al XX, en torno a valores culturales comunes que rompían con el aislamiento de las siete provincias distantes e inconexas que le dieron origen a la nueva república.

Que no queden dudas, en la cena navideña, la figura central es la hallaca. Objeto de culto y veneración colectiva. Hay que decirlo claro: en el presente, no se puede entender la fiesta de fin de año —no plenamente— si no está de por medio la presencia de una hallaca.

Si la Navidad es el gran momento de la cultura nacional tradicional y de la afectividad familiar venezolana, las cenas del 24 y el 31 de diciembre son el gran momento de la Navidad, y en esas mesas la hallaca es la protagonista fundamental. El corazón, digámoslo así, de ese encuentro.

La hallaca como manual de historia

Es por eso que la hallaca, desde el siglo XIX, ha sido un tema recurrente entre escritores, historiadores, gastrónomos y científicos sociales. Uno de ellos, Arturo Uslar Pietri, el intelectual icónico y mediático de nuestro siglo XX, acuñó la idea de que la hallaca expresaba, como ningún otro preparado local, el carácter mestizo de nuestra cultura y tradiciones alimentarias porque en ella se concentraba, como en un conciso manual, nuestra historia de mestizaje cultural.

Uslar, maestro de la divulgación humanística, procedía con toda paciencia a explicar el porqué, mientras detallaba los componentes de nuestro alimento navideño. En la cubierta, decía, está la hoja de plátano: el plátano africano y americano en el que lo indio y lo negro abrían “el cortejo de sabores”. Luego, continuaba, viene la masa de maíz: la más americana de todas nuestras plantas, que conecta nuestro plato navideño con las tortillas y los tamales de México, centro y sur América. Y podemos agregar, con toda una gama de preparados —pasteles de choclo del Perú, humitas bolivianas, bollitos venezolanos— que pueblan la geografía gastronómica del mundo hispanoamericano.

La explicación continúa recordando en el relleno, la carne de gallina, las aceitunas y las pasas, donde se halla España “con toda su herencia ibérica, romana, griega y cartaginesa”. En el azafrán que colorea la masa y en las almendras que adornan el guiso, el autor de *Las lanzas coloradas* encuentra “los siete siglos de invasión musulmana en territorio español”. Y en el clavo de olor, frase deslumbrante, “la punzante y concentrada brevedad” de un producto incorporado gracias a “la larga búsqueda de la Europa medieval hacia el Oriente buloso de riquezas y refinamiento”.

Objeto de debates

La hallaca también, además de goce en el paladar, ha sido un objeto de debate académico. Como los peruanos, que solían y suelen debatir si su plato ya universal es *cebiche* (con b) o *ceviche* (con v), los intelectuales venezolanos han debatido largamente entre *hallaca* (con ll) o *hayaca* (con y).

Rafael Cartay, uno de los más prolíficos de nuestros historiadores del hecho culinario, lo resume muy bien en su libro *El pan nuestro de cada día*. Recuerda, primero, la tesis de Adolfo Ernst, quien sostenía que la palabra viene del verbo guaraní “ayúa” o “ayuar”, que significa revolver o mezclar, que luego se habría convertido en “ayuaca” y más tarde en “ayaca”, como se decía en el siglo XVIII para designar “una cosa mezclada”.

Pero es obvio que la explicación que más le satisface es la de otro de los grandes historiadores de nuestra gastronomía, José Rafael Lovera, quien refiere tres registros históricos de la voz ‘hayaca’: en una declaración de Juan de Villegas, el fundador de Barquisimeto en 1538; en la Recopilación Historial de fray Pedro de Aguada, en 1575; y en los haberes de un encomendero de 1678 que habla de “tres hayacas de sal”. En los tres casos, la palabra se usa como sinónimo de envoltorio o paquete.

Y es el mismo Lovera quien luego explica que la voz ‘hayaca’ proviene de alguna de las lenguas aborígenes del occidente venezolano, que derivó luego en ‘hayaca de maíz’ para designar inicialmente los bollos envueltos en las hojas de la misma planta y, más tarde, se supone que en el siglo XVIII, se convierte en ‘hallaca’, para designar un pastel con carne que proviene del tamal.

Esa fue la acepción que reconoció la Real Academia de la Lengua Española, cuando en la decimotercera edición de su Diccionario la definió como “pastel de harina de maíz, relleno con pescado o carne en pedazos pequeños, tocino, pasas, aceitunas, alcaparras y otros ingredientes que, envueltos en hojas de plátano, se hace en Venezuela como manjar y regalo de Navidad”.

De lo que no quedan dudas

Ya sea escrita con ll o con y, como lo sigue haciendo el DRAE; se les llame “manual de historia”, como le gustaba hacerlo a Uslar; “multisápidas” como las adjetivaba Rómulo Betancourt, el más recordado presidente fundador de la democracia; “la obra maestra de la cocina criolla”, según Ángel Rosenblat; “el pan arcaico que sirvió de molde para recibir los mil sabores de la mesa europea”, como grandilocuentemente lo describió a mediados del siglo XX el escritor Mario Briceño Iragorry; ya sea caraqueña, oriental, andina, guayanesa o llanera; con garbanzos, huevo, papa, pescado, caraotas o vegetarianas; cocinadas en leña, en cocina a gas o con electricidad; sea la masa de maíz o de plátano, como se hace en algunos lugares del Zulia; de lo que los venezolanos no tenemos dudas ni debate alguno es que, efectivamente, la hallaca es un manjar que todos celebramos amorosamente y sin cuya presencia no logramos entender ni la Navidad ni el Año Nuevo.

Entre las frases que suelo citar en este repetido escrito de fin de año, una de las que más celebro es el desplante de Miro Popic en su libro *El pastel que somos*. En las últimas páginas, Popic, gran conocedor de nuestra cocina, se pregunta: “¿Desde cuándo somos venezolanos?”. Y se responde: “Desde que comemos hallacas”. Es decir, dice gozonamente el autor, somos venezolanos, no porque seamos descendientes de Bolívar o hayamos nacido dentro del territorio que se considera Venezuela. No. Somos venezolanos porque comemos hallacas. Es eso lo que nos distingue.



Libro de Javier Conde

“VAMOS GANANDO CON VIDAS EXILIADAS”

Toña Bethencourt

El periodista hispano-venezolano Javier Conde acaba de publicar *Vidas Exiliadas*, que reúne 21 historias marcadas por el desarraigo y las luchas políticas. La periodista y publicista Toña Bethencourt escribió el prólogo del texto —o textos, porque cada uno de los veintiuno tiene vida propia— en el que destaca la perseverancia y calidad periodística del autor, que ha seguido escribiendo en medios en Bogotá, Montevideo y ahora en España donde reside.

Javier Conde ejerció como periodista en *El Nacional*, *El Diario de Caracas*, *TalCual* y el diario *2001*. Estas historias de exilios han sido publicadas también en medios españoles como la revista *Panenka* de Barcelona, el diario *Deia* de Bilbao y *El Progreso* de Lugo.

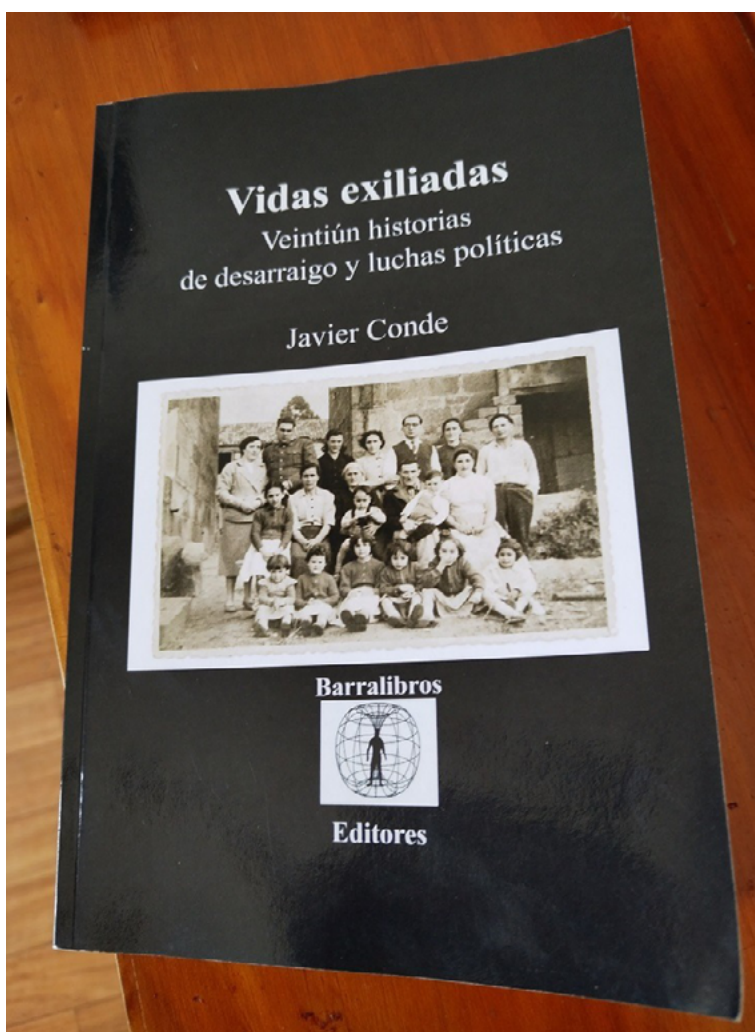
Vidas Exiliadas está en Amazon, en este enlace <https://a.co/d/8E8xz5i>, tanto en versión digital como impresa.

“Vamos ganando”

Este es el prólogo de Toña Bethencourt:

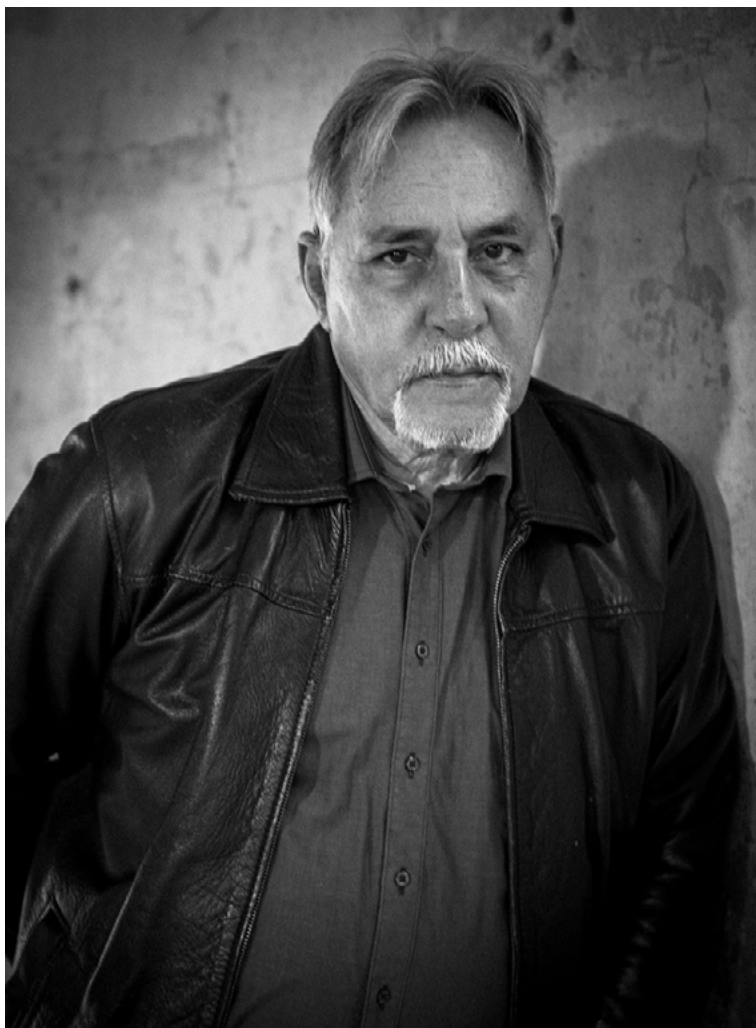
La primera vez que sintió el peso del exilio fue por culpa del periodismo. Javier Conde acababa de publicar un artículo sobre una trama de espionaje contra Jacobo Arbenz, el expresidente guatemalteco, durante su exilio en Uruguay. El artículo en cuestión, prolijo en datos y de limpia prosa, como suelen ser los que llevan su firma, apareció en el diario *El Observador* de Montevideo, a donde Javier había logrado entrar sin contactos ni padrinazgos, a punta de buen periodismo. Pero el de Arbenz resultaba todavía un asunto espinoso para cierto sector de la política uruguaya y apenas publicó su artículo, Javier protagonizó otro: el que le dedicó el senador y ex comandante del ejército uruguayo, Guido Manini Ríos, quien intentó degradarlo públicamente con un insulto contenido en una sola palabra: “¡Extranjero!”. Ni antes ni después de ese *impasse* saldría a relucir una condición de vida impensable en aquel momento de su trayectoria periodística, de no ser por el exilio.

No es de extrañar, entonces, que al leer las 21 historias atesoradas en este libro y escritas por Javier durante una década de exilio, éste aparezca como el invitado recurrente de la mayoría de los textos que le inspiran personajes que, o estuvieron antes, o están ahora, fuera del entorno donde nacieron o donde protagonizaron las grandes gestas de sus vidas. Pasa así con Arbenz, cuya nota ya mencionada aparece entre las primeras del libro y transcurre durante su exilio uruguayo; es así con Lázaro Candal, de origen gallego, pero triunfante durante su vida lejos de Galicia, en Venezuela; lo es con Arturo Sosa, el sacerdote venezolano General de la Compañía de Jesús que vive hoy en El Vaticano; pasa lo mismo con la historia del profesor Manuel Pérez Vila, de origen catalán y, paradójicamente, autor del *Diccionario de Historia de Venezuela*; y también es puro exilio lo que impregna la semblanza de Randy, el joven venezolano en Galicia, con la que Javier se alzó con el Pre-



mio Miguel Otero Silva de la Asociación de Periodistas Venezolanos en España, en su edición de 2024. Y esto, por mencionar solo algunas de las entregas que recoge el libro.

El otro invitado recurrente en las historias que Javier ha seleccionado en esta compilación —confío en que sea solo la primera— de su obra es, inevitablemente, el periodismo. Porque, además de la naturaleza periodística que les imprime el haber sido escritas para la amplia gama de medios con los que ha colaborado durante los últimos 10 años —*El Observador*, de Montevideo; *El Progreso*, de Lugo; *La Gran Aldea*, digital; *Panenka*, de Barcelona; *El Universal*, de Caracas y *Deia*, de Bilbao, entre otros— son, cada una de ellas, un ejemplo magnífico del género periodístico



elegido para narrarla. La entrevista, la crónica, la semblanza, el reportaje o el artículo de opinión se pasean exultantes entre los textos de este libro, haciendo honor también a la trayectoria del autor como profesor de géneros periodísticos en la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas y convirtiendo las veintiuna notas en auténticas joyas pedagógicas para jóvenes que, en lugar de conformarse con ser *influencers*, aspiran a convertirse algún día en buenos periodistas.

Pero el buen hacer periodístico no se revela solo en la perfección de un texto bien redactado. Saber escribir es el mandato obvio del periodismo. El buen hacer en la profesión periodística, sin embargo, va más allá y remite, fundamentalmente, a investigar, a indagar en profundidad, a contrastar informaciones, a garantizarse fuentes creíbles y a comprometerse con los hallazgos que se ponen al alcance de los receptores de las informaciones. Y es ahí donde Javier hace gala de su buen hacer. Sus textos, como se comprueba al leer este libro, son producto de una investigación exhaustiva y de un esmero permanente por la confiabilidad de cada dato.

Quienes lo hemos acompañado a lo largo de su vida profesional sabemos de su pasión por el periodismo, pero quienes hemos estado, además, muy cerca de su trabajo en estos tiempos de exilio, sabemos del esfuerzo que Javier ha desplegado para que esa pasión encontrara nuevos cauces en otras tierras. Que te publiquen un artículo, un reportaje o un texto cualquiera sin conocerte, por el valor periodístico en sí mismo, es un reto que no todos los periodistas han logrado superar en el exilio. Él lo ha hecho.

Leyendo hace poco una entrevista con el ya desaparecido genio de la música country, Kris Kristofferson, me acordé de Javier. El compositor y cantante estadounidense decía que todo lo que hacía se lo debía a ser escritor: “Nunca habría llegado a grabar discos si no escribiera”, aseguraba. Y en su pasaporte no ponía cantante sino “Escritor”. Parafraseando a Kristofferson, yo creo que Javier nunca hubiera podido ser quien es sin el periodismo. Y que haya logrado seguir viviendo como periodista en el exilio, aunque él nos diga en una de sus notas aquí publicadas que va perdiendo, es lo mejor que nos puede pasar a quienes lo seguimos viendo escribir más que nunca para entregarnos libros como este. Nosotros vamos ganando.

Toña Bethencourt

Málaga (España)

Petróleo venezolano

¿SANCIONES O HARAKIRI?

Rafael Gallegos



Lo sustantivo, lo que se ve, lo que palpamos los venezolanos, es que nuestra industria petrolera del siglo XXI ha sufrido un descalabro único en la historia de las empresas petroleras. Ha perdido alrededor de 70 % de su capacidad.

Los defensores del gobierno lo justifican exponiendo que el descalabro es producto de las sanciones norteamericanas. Otros analistas sugieren que más bien se trata de una serie de medidas tomadas desde adentro, que en su conjunto han resultado tan perjudiciales como un harakiri. ¿Y usted, qué opina?

Es muy importante analizar este descalabro. En primer lugar, porque ha afectado drásticamente la calidad de vida de los venezolanos. La Pdvsa actual genera menos de la cuarta parte de las divisas de otros tiempos, y eso ha provocado los ingresos pírricos del venezolano común, así como el incremento de la pobreza, el hambre y sobre todo, de la desesperanza.

Y en segundo lugar, porque el futuro de Venezuela depende de que se logre enderezar este entuerto, ya que si los sabemos aprovechar, los hidrocarburos constituirán el motor de arranque para el desarrollo de nuestro país.

Las sanciones

Influyen en el devenir del negocio petrolero de Venezuela. No lo dude. Sin embargo, en aras de un análisis asertivo, es necesario formularse las siguientes preguntas:

1. ¿Son las sanciones la causa del descalabro?
2. La eliminación de las sanciones, ¿será suficiente para la recuperación de la industria petrolera venezolana, o harán falta, como dice la canción, “muchas cosas más”?

Breve historia de las sanciones...

Previamente, en marzo de 2015, Barack Obama aprobó la Orden Ejecutiva (OE) 13692, que consideraba a Venezuela amenaza inusual y extraordinaria para la seguridad nacional y política exterior de EEUU. Ello no tuvo consecuencias económicas para el país.

Sin embargo, ese año 2015 la producción petrolera venezolana estaba en 2,6 millones de barriles por día, había bajado en unos 600.000 barriles en los últimos diez años. Algo así como una Guyana, lo que no es poco.

Además, esta cifra se alejaba exponencialmente (más de tres millones de barriles diarios, o sea, un Kuwait) de los casi seis millones que había prometido el Plan Siembra Petrolera, elaborado por el mismo gobierno.

Y que quede claro, todavía no habían llegado las sanciones.

Más de dos años después, en agosto 2017, durante la primera presidencia del hoy reelecto Donald Trump, Estados Unidos aprobó la primera sanción para Pdvsa, la OE 13808, que prohibía financiamiento, compras, dividendos, manejos de deuda y otros aspectos, con Pdvsa y el gobierno de Venezuela.

En ese momento —cuando la primera sanción— la producción de Venezuela era apenas 2 millones de barriles, (600.000 barriles menos que dos años antes y por lo menos un millón menos que al inicio de la ‘revolución’). Es decir, cuando llegó la primera sanción, la producción ya iba en barrena.

En mayo del 2018 —con Trump en el gobierno— se aplicó otra sanción (la OE 13835), que

prohibía la compra de deudas y cuentas por pagar con el gobierno de Venezuela. La barrena continuaba, Pdvsa producía ¡quinientos mil barriles menos! que el año anterior. La producción llegaba a 1,5 millones de barriles.

En agosto de 2019 —continuaba Trump en la presidencia— Estados Unidos emitió la OE 13885, que congelaba los activos de Venezuela en territorio estadounidense. Previamente se había emitido la OE 13850, que hacía referencia al oro. Para ese año, la barrena continuaba y la producción llegó al millón de barriles. Como sabemos, la producción petrolera venezolana llegó a un mínimo por debajo de cuatrocientos mil barriles en el año 2020.

¿Son las sanciones la causa del descalabro?

Es obvio que no. Estas comenzaron a aplicarse cuando ya se había iniciado la barrena. Entonces, ¿cuál fue la causa del descalabro de la industria petrolera en este siglo XXI?

Observemos las medidas gerenciales adversas tomadas por la petrolera venezolana, que por el daño que han ocasionado, podrían ser consideradas como haraquiri.

Petróleo en ‘revolución’

Durante la campaña electoral de 1998 se popularizó aquello de ‘las colitas de Pdvsa’

a objeto de dar a entender que en Pdvsa se utilizaban aviones destinados a las operaciones petroleras, como vehículos turísticos de los ejecutivos y sus familiares, lo cual no era cierto. Igualmente se popularizó la frase “Pdvsa es un Estado dentro del Estado”, dando a entender que la empresa se manejaba fuera del control nacional y que tenía un brochazo negro que la hacía opaca. El tiempo se encargó de aflorar la verdad, y a la vista quedaron innumerables brochazos rojos.

Al iniciarse el gobierno ‘revolucionario’ en 1999, la política comenzó a impregnar la gestión gerencial y operacional y a aflojar los resortes de la meritocracia. Salvo las honrosas excepciones de las administraciones de Roberto Mandini y Guaicaipuro Lameda, las presidencias de la empresa de esa época, disminuyeron la eficiencia y orientaron el negocio hacia los requerimientos políticos del gobierno.

Esto creó un ambiente de incomodidad e incertidumbre en los trabajadores. Por primera vez en el casi cuarto de siglo de la empresa hubo protestas colectivas, como la de Pdvsa Gas cuando la querían adherir al ministerio del ramo; o la de abril de 2002 cuando los trabajadores de todos los niveles —preocupados porque palpaban que la empresa se comenzaba a deshilar— hicieron un paro, como respuesta a los nombramientos de la Junta Directiva de Pdvsa que violaban los principios de la meritocracia y mostraban un alto contenido político.

En diciembre de 2002, los trabajadores petroleros se unieron a un paro nacional. La respuesta del gobierno fue expulsar a más de veinte mil de ellos —la mitad de la nómina— que constituían la columna vertebral de la empresa. Este hecho significó un punto de inflexión en la trayectoria de la otrora “segunda empresa petrolera del mundo”.

Por cierto, el presidente Chávez al comentar la expulsión de los trabajadores expresó: “yo provoqué el paro, tenía que tomar esa colina que era Pdvsa”. Esa “toma” hoy se refleja en la disminución de unos cuatro millones de barriles todos los días —¿trescientos millones de dólares dejan de entrar a Venezuela todos los días? — de acuerdo con el Plan Siembra Petrolera que pronosticaba una producción cercana a los seis millones de barriles diarios. Saque cuentas. De haberse materializado ese plan, Venezuela sería hoy el cuarto productor de petróleo en el mundo, tras Estados Unidos, Rusia y Arabia Saudita.

¿Podía una empresa salir incólume de la baja de la mitad de su personal calificado y la multiplicación de la política? ¿Podrá la industria petrolera venezolana recuperarse con este modelo de país?

El comienzo de la caída

Luego de la insólita expulsión generalizada de trabajadores durante los años 2002-2003 —única en los anales de la historia del petróleo— se incrementó la politización en Pdvsa, Rafael Ramírez expresó que al que no fuera chavista lo iban a sacar “a carajazos”. También oficializaron la unificación de los cargos de ministro de Minas con presidente de Pdvsa, algo así como pagar y darse el vuelto. La empresa fue convertida en la caja chica del gobierno. Se triplicó la nómina, Pdvsa llegó a tener más de 160.000 trabajadores. De la corrupción, ni hablar, basta con recordar el reciente caso de los 23.000 millones de dólares. Pdvsa pasó de ser una empre-



sa petrolera con contenido social, a ser una empresa social (y política), con algún contenido petrolero.

Además, en 2009, se “nacionalizaron” las empresas de servicios en el Zulia, lo que trajo impro-ductividad, desempleo y contaminación. Se cambiaron los Convenios por Empresas Mixtas, de una manera tan arbitraria que enemistó innecesariamente a Venezuela con importantes transnacionales, y ha ocasionado múltiples demandas por miles de millones de dólares.

En esas condiciones —haraquiri— era misión imposible competir con Exxon Mobil, Shell, BP y paremos de contar, empresas paradigmas de tecnología, gerencia y productividad en el mundo. No se puede perder de vista que el petróleo ni es retórica, ni es populismo. Es un negocio.

Declinación de la producción

Con la mitad de sus profesionales y técnicos, la producción de Pdvsa comenzó a declinar, paulatina y no violentamente, gracias a la inercia heredada de la gestión de 2002. Es decir, aprovechaban la herencia de los estudios de yacimientos, los proyectos, los taladros, las ins-talaciones bien mantenidas, las empresas de servicios bien seleccionadas y bien pagadas, la rígida organización gerencial, la disciplina y mística de la antigua Pdvsa. Esos factores poco a poco se fueron agotando.

Hay que destacar que, por la expulsión de la mitad de la nómina, la producción de petróleo jamás pudo iniciar la ruta de los seis millones de barriles que había pautado en su propio plan Siembra Petrolera.

A partir del año 2015, se aceleró la caída de la producción. Y aún no habían llegado las sancio-nes, que obviamente no fueron la causa del deslave de Pdvsa, sino la excusa.

Conclusiones

Indudablemente las sanciones no son las causantes de la decadencia de nuestra industria petrolera. La causa está en una gerencia debilitada y desenfocada, y en la destrucción estraté-gica de la ‘revolución’. Una Venezuela productora de cerca de seis millones de barriles no con-venía a un proyecto de poder, ya que creaba grandes capitales y una portentosa clase media que como es lógico, hubiera exigido y logrado alternabilidad, como en cualquier democracia. Tal vez querían una modesta Pdvsa que produjera millón y medio de barriles para satisfacer a la *nomenklatura*, pero la ineficiencia se convirtió en vorágine.

Sin embargo, no se puede ser ciego y decir que las sanciones hoy en día no afectan las opera-ciones. Claro que sí lo hacen, pero son apenas la guinda de la torta de lo que ha sucedido.

Si se eliminan las sanciones, ¿será suficiente para la recuperación de la industria pe-trolera venezolana?

Imaginemos que mañana se eliminan todas las sanciones, ¿Ingresarían al país los 15 o 20 mil millones de dólares anuales por 7 u 8 años que los expertos dicen que hacen falta —solo en producción— para llevar a Venezuela a tres o cuatro millones de barriles diarios? Claro que no.

Recuperar la industria petrolera requiere más, mucho más, que eliminar las sanciones. Re-quiere generar confianza. ¿Hay confianza para atraer miles de millones de dólares al año para invertir en la industria petrolera?

Y la confianza se construye. Separación de poderes, leyes adecuadas, instituciones financie-ras, respeto al capital internacional... Democracia.

Es imperioso atraer capitales para explotar nuestras potencialidades. No se trata de conten-tar al país —como intenta el gobierno— con la meta (todos los años fallida) de un millón de barriles por día. Nuestra visión petrolera tiene que ser del tamaño de la dimensión de nues-tros recursos. Nosotros merecemos una industria petrolera de por lo menos tres o cuatro millones de barriles por día de petróleo, diez mil millones de pies cúbicos de gas diarios que se utilicen en los hogares, en la industria, en la electricidad, en la exportación de gas natural licuado a Europa; refinerías nacionales e internacionales que entre otros aspectos garanticen la seguridad energética del venezolano, y que genere divisas suficientes para convertir a la industria petrolera en el primer motor para el despegue de Venezuela. Además, una petroquí-mica de nivel mundial, no hay que olvidar que este negocio es el petróleo del futuro.

Analicemos asertivamente nuestra situación, sin excusas, ni ideologías, y con un gran sentido estratégico y gerencial, para poder aprovechar los años de luz que le quedan a la industria petrolera. No podemos seguir siendo un limosnero sentado en un barril.

Es la hora, no hay otra, de la recuperación de la industria petrolera... y del país.

Rafael Gallegos es ingeniero de petróleo venezolano y consultor gerencial indepen-dente. Trabajó durante 23 años en Pdvsa.

Cedrizuela Fest 2024

CELEBRANDO EL EMPRENDIMIENTO VENEZOLANO EN BOGOTÁ



La comunidad venezolana en Bogotá se alista para la quinta edición del Cedrizuela Fest, un evento que reúne a emprendedores, marcas, productos y servicios en un espacio de encuentro y celebración, justo a tiempo para la temporada navideña.

El festival se realizará los días 14 y 15 de diciembre en el Colegio Pureza de María en la Carrera 7ª #147-02, Cedritos, con entrada libre para el público en general.

Este año, el Cedrizuela Fest contará con el apoyo de Usaid, Harina PAN, Bold, Wingo, Refugiados Unidos y Juntos Se Puede, reafirmando su compromiso con el fortalecimiento del tejido social y el desarrollo económico de las comunidades migrantes y locales en Colombia.

Una feria llena de experiencias únicas

Los asistentes disfrutarán de una amplia variedad de productos y servicios:

- Gastronomía: los mejores sabores tradicionales venezolanos.
- Moda y artesanías: propuestas creativas de emprendedores.
- Salud y bienestar, además de regalos y productos únicos para la temporada navideña.

Habrà música en vivo, actividades para niños y sorteos, creando un ambiente festivo y familiar.

Apoyo al emprendimiento colombo-venezolano

El Cedrizuela Fest busca visibilizar y apoyar a emprendedores venezolanos y colombo-venezolanos que están contribuyendo activamente al desarrollo de Bogotá y de Colombia.

“El Cedrizuela Fest es más que una feria; es un espacio para construir lazos, fortalecer la integración y mostrar el talento de nuestra gente”, expresó Alejandro Méndez, representante de Cedrizuela.

Sobre Cedrizuela

Cedrizuela es una plataforma que conecta a la comunidad venezolana en Colombia con más de 60 mil seguidores en redes sociales. Se ha consolidado como un referente en información, apoyo a emprendedores, y articulación con instituciones públicas y privadas para promover el desarrollo de la comunidad migrante.

Para más información:

✉ cedrizuela@gmail.com

🌐 www.cedrizuela.com

📱 Instagram: @cedrizue

Podcast

DIÁLOGOS CON COMPROMISO



Ávila/Monserrate
COMPROMISO DEMOCRÁTICO

DIÁLOGOS CON COMPROMISO

PODCAST #11

DERECHOS HUMANOS PARA LA POBLACIÓN MIGRANTE VENEZOLANA



KONRAD
ADENAUER
STIFTUNG

MIGRACIÓN INMOVIL



INVITADO
DANIEL D'HERS



MODERADORA
MARIANELLA MONTENEGRO

DERECHOS POLÍTICOS DE LOS VENEZOLANOS
EN EL EXTRANJERO

ESCUCHAR AQUÍ

